

El problema de nuestra capacidad para el estudio y la investigación

Son numerosas las pruebas de escepticismo que una gran cantidad de personas con una preparación intelectual adecuada y un nivel de cultura alto, muestran con respecto a la capacidad de investigación de nuestros universitarios.

Alegan que son condiciones propias de nuestra raza, esa dispersión sobre el estudio, esa superficialidad en el conocimiento y que de la juventud argentina, por esa causa, nunca saldrán especialistas ni exagerados ni moderados siquiera.

Las tales personas sólo demuestran, a los que conocen y sienten el problema en carne propia, además de un determinismo racial, una ignorancia total del lugar donde está el nudo de la cuestión y por lo tanto no aciertan con la solución.

Semejante ignorancia perjudica aún, a los ambiciosos que quieren investigar, porque les crea una cierta forma de creencia en su incapacidad, que se acentúa cuando ante el primer obstáculo que no logran vencer, conocen que los estudiantes de otros países los han superado con creces.

No hablemos ya del perjuicio que produce en aquellos que se dejan llevar por el susurro y no intentan nada.

Mencionar, con pedantería de sabio triunfante en sus teorías, que nuestra raza es la luz del intelecto, o caer en el convencimiento de la incapacidad; no son soluciones, por lo menos que alivien las tribulaciones de aquél que se dedica a estudiar algo que se ha propuesto y se encuentra con la falta del elemento de consulta completo.

He aquí la verdadera causa: falta de libro o de obra que necesariamente ha de consultarse. Cuando no se halla en idioma extranjero, que los incompletos e inadecuados estudios secundarios impiden dominar, no se encuentra por ningún lado, y si existe en nuestras bibliotecas, más vale no intentar vencer los mil escrúpulos y dificultades que se presentan; leerlos en su salón de lectura, imposible hacerlo con seriedad, porque el cartelito sugestivo que indica silencio incita a la tertulia animada y risueña de los que ya decepcionados se dedican al ternativamente a conversar y hojear su libro.

Traducciones a nuestro idioma nunca les ha preocupado a nuestros "eruditos" investigadores, o les ha preocupado que sus posibles competidores tuvieran que salvar muchas vallas antes de oponerse a ellos en los concursos.

Las ediciones también faltan. Baste un ejemplo; en nuestra Facultad hay una materia que atomoriza a nuestros tiernos condiscípulos de primero a quinto año. Es un idioma que no necesita decir cual es; al que lea esto ya le bailan delante como fantasmas, desde alfa a omega. Es acaso el idioma difícil o es cierta la incapacidad. No vamos a tomar partido ni por uno ni por otro; digamos sólo que hay una o dos gramáticas que los alumnos pueden adquirir; diccionarios, tres o cuatro de autor y valor desigual, y en otro idioma, siendo en cambio cien los alumnos que deben consultarlos; ni con el actual sistema de turno numerado es posible acercarse a ellos. ¿Adquirirlos? es exponerse a la sonrisa irónica de los librerías cuando uno se atreve a solicitarlos.

No sólo ocurre esto en Griego, en todo es así, tanto en materias de estudio como de especialización.

Solucionar el problema de esta última es complejo, no ocurriendo lo mismo con el material de estudio, del que con buena voluntad, y alejado todo afán de lucro, se pueden hacer buenas ediciones y mejores traducciones. Entonces sí que se podrá discutir si hay o no capacidad.